



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NUM. 10199

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
joro.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.  
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 31 DE OCTUBRE DE 1895

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar-  
tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 21.

## Recolección

Presas para vinos, moderno sistema.  
—Bombas Noel y otros sistemas para tra-  
siego.—Azufradores, catadores y demás  
enseres necesarios al vinicultor.—Des-  
granadoras de panizo (6 fanegas por ho-  
ra).—Embudos automáticos.—Tijeras pa-  
ra vendimiar, poda, etc.—Arados de  
vertedera.—Espino artificial.—Palos,  
esadas, legones, todo acero.—Carretillas  
y wag-onetas.

### INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellón, 12

## BILLAR

Calle Príncipe Vergara núm. 2, bajo  
Contiguo al Hotel de Roma  
Se alquila este espacioso salón con sus  
seis mesas. En la misma calle número  
6 despacho, darán razón.

## Muertos y vivos.

Por todas partes el grito de: ¡Cas-  
tañas, calentitas! acribilla y tras-  
pasa el oído. Las castañeras picadas  
es un sainete que durante estos días  
se representa en multitud de calles,  
en las que si alguna de aquellas in-  
dustriales arroja el timbre de su  
chilóna voz pregonaando su mercan-  
cía, la más próxima á ella no le va  
en zaga y ahúscas y atipla la suya,  
y ambas á la postre establecen un  
pugilato horrible de gritos, que á  
veces termina en arañazos y me-  
chones de pelo transportados de un  
cuero cabelludo á una mano aleva  
y crispada.

Las niñas casaderas—aun se pre-  
paran muchas para el matrimonio  
y esporan impacientes á sus donce-  
les, encargados de acompañar á la  
familia á visitar los Cementerios.

—No viene Luis. ¿Cuánto tarda,  
Dios mío!—exclama alguna de ellas  
—No le esperes ya, hija mía—ré-  
plica la madre. Acaban de decirme  
que le han visto con sus primas. El  
infame las ofrecía castañas. ¡Ya  
ve! Si vuelve, le despidó.  
—¡Ay! Conque ofrese castañitas  
á sus primas, ¿eh?...



—No te quejes, querida; consúe-  
late. A ellas les habrá ofrecido cas-  
tañitas, pero á tí te ha dado la gran  
castaña!

D. Juan Tenorio, aquel atrevido  
mozo, siempre dispuesto á medir su  
acero con Comendadores y Megias,  
vuelve á presentarse arregado y  
fiero y enarabado en todos los es-  
cengrios, para aterrorizar á mar-  
idos y padres.

No se si aun se conservarán los  
huecos de los héroes del impero-  
cedero deambi de Zorrilla; pero de ser  
asi, de celebrarse en los Cemen-  
terios en la triste y luctuosa noche  
de primero de Noviembre alguna  
fiesta macabra, me figuro ver abrir  
sus nichos con sus descarnadas ma-  
nes al gallardo D. Juan y al noble  
y grave Comendador. Y hasta oigo  
al primero, irrespetuoso siempre,  
dirigirse al segundo en tales tér-  
minos:

—¡Eh, D. Gonzalo! Buenas noches  
—Buenas las tengas, D. Juan.  
¿Habrás á bien darme noticias de  
mi Inés?  
—Inés... Inés... Esperad que re-  
cuerde... Hablando vos, será mo-  
nester que me bagais recuerdo de  
alguna antigualla.  
—¡Malandrín!

—Siempre el mismo. A este no le  
cambia el tiempo.

Anciano, la lengua ten.  
¿A ver? ¿Ciútil! ¿Recuerdas de qua-  
tal Inés?



(Ciútil, asomando la mano por entre  
su lápida).—Para mi santiguada, que  
me mentastis el nombre de una se-  
villanita de quien os mostrasteis si-  
glos ha, harto apasionado. Allá, á  
la derecha, hanme dicho que se ha-  
lla hecha una momia, desgreñada y  
fea.

El Comendador.—¡Villano! Ved lo  
que habláis. Diéramos tentaciones  
de arrancaros la viperina lengua  
si la tuviésois.

D. Juan—interviniendo.—Vaya, no  
hay que reñir. ¡vive Cristo!

El Comendador.—¡Calavera!

D. Juan.—¡Jal jal! Vamos, que  
ahora vuesa merced es tan calave-  
ra como yo.

En los Cementerios se suceden es-  
cenas tristísimas.

Pero no hablemos de ello. Al ta-  
do de lo serio está siempre lo có-  
mico.

Ante una tumba fría, que diría el  
poeta, un viudo llora á su esposa.

—¿Cómo olvidarte?—dice gemien-  
do—¿Cómo olvidar á la amantísima  
compañera con quien largos tiem-  
pos compartí mi felicidad y mis des-



dichas? Diez años con billa... Diez  
años con Dolores... ¡ay!

(Un transeúnte compadecido).—Va-  
mos cabayero, no hay que afligirse.  
Que le asista á qué un buen médico  
y toavía que curarse.

Hay muchas lápidas que no re-  
sultan propias de la animación donde  
el principio de la igualdad es abso-  
luto. En ellas, tras el nombre del  
finado, se leen los indios títulos  
nobilitarios que le pertenecieron, las  
cruces que adornaron su pecho y  
otras recordos de grandios que pa-  
recen trazar á la mente multitud de  
ideas mundanales.

No obstante, nadie para mientes  
en ello, mientras que algunas per-  
sonas harto timoratas, al percatar-  
se del texto contenido en otras sus-  
len alarmarse.

En un Cementerio reposaban  
años ha los restos de un francés.  
Léase en la lápida:

†  
AQUI YACE  
MR. LOIS BERTRAND  
NACIDO EN PICARDIA

Una jovenota leyó en esta voz  
aquella inscripción.

Pero su morafísima madre, heri-  
da en lo más vivo al oír el final de  
ella, dijo con tono severo:

—Niña, aparta la vista y vámo-  
nos de aquí, á escape. Esas cosas no  
pe leen.

Y bajando un tantico la voz—  
De Picardía... Como si lo viera, fus  
un tuno. ¿Qué cosas se ven hasta  
en les Camposantos!

Allá en una apartada galería se  
ve un hombre con derrotado traje,  
que mira receloso á su alrededor.  
¿Qué hace? ¿Reza? No, seguran-  
mente. Tiene interés en que nadie  
se fije en él. Es un casatel.



Como que está á hurtadillas chu-  
pando el aceite de una lamparilla.  
¡Cielos! A qué calamitosa situa-  
ción llegan algunos hombres.

Y no debe al tal disgustarle el  
sabor del fruto de la oliva.

Originalmente.

—No me ve nadie—murmura  
muy quedo—¡Eal! Otra chupadita.  
Autón. Si siquiera hubiasen echado  
una ardina en este aceite... Por-  
que, vaya, que no está del todo  
malo... ¡Vamos, que si no supiese á  
diferencia!

Julio Víctor Toney.

(Prohibida la reproducción.)

ERNESTO MALTRAVERS.

177

180 BIBLIOTECA DE ELECO DE CARTAGENA



## CAPITULO IV

Voria mañana...! Esta mañana ha llegado, de-  
cía Ernesto entre sí al día siguiente, al de-  
jar su cama que el dueño no había visitado. Antes de  
oboeer á los llamamientos de Ferrers, que le había  
mandado á decir que por él nunca había esperado  
nadie, entró su criado con un paquete que venía de  
Inglaterra. Habiale traído uno de los raros correos  
enviados á ese Nápoles; que sería un mercado muy  
lucrativo para el comercio inglés, si los reyes napolita-  
nes se ocuparan un poco del comercio y los aena-

dores ingleses de la política extranjera. Las cartas  
de sus administradores y banqueros fueran leídas de  
prisa, reservando Ernesto para lo último una larga  
epístola de Cleveland.

Después de algunos pormenores sobre negocios, y  
de algunos comentarios insignificantes, contenidos en  
la última misiva de Ernesto, continuaba Cleveland de  
esta manera:

«Confieso, mi querido Ernesto, que deseo vivamen-  
te volver á verte en Inglaterra. Ya has estado bastan-  
te tiempo fuera para conocer los demás países; no  
permanezcas en estos, prefiriéndolos al tuyo. Y estás  
en Nápoles! tiemblo por tí. Conozco muy bien esa vi-  
da de delicias, de meditación; esa vida de fiesta de  
Italia, tan dulce para los hombres instruidos, tan fa-  
vorable á los placeres. Pero, Ernesto que sientes ya  
todo lo que enerva? ¿cuan incapaz nos pone para los  
ejercicios serios ese farniente tan dulce? Los hombres  
pueden volverse demasiado delicados, demasiado re-  
finados para los fines útiles de la vida, y en ninguna  
parte se llega á ese resultado tan rápida y completa-  
mente como en Italia. Ernesto querido, te compa-  
bien; no has sido formado para convertirte en un ad-  
ciónado, con su gabinete de medallas, con su cabeza  
llena de cuadros; menos todavía para ser el obichie-  
veo de alguna belleza italiana, cuyo corazón esté ocu-  
pado por una pasión sola y el ánimo por dos ideas; y

amante, y sé que serias fiel á la que se inmolara por  
tí, pero ¿esta fidelidad no condenaría tus talentos y  
tu energía á una absoluta nulidad? Qué calamidad  
para un carácter fogoso y arrogante, hallarse en  
guerra con la sociedad al principio la vida! Qué tra-  
bas no se pondrían á todos tus deseos, á todas tus  
empresas con la certeza que ejercerías en tu destino  
una mujer que interesaría en tu amor, no en tu  
gloria!

«Más pudiera decirte, pero me lleñejo de que lo  
que te he dicho es superfluo, y si es así, te suplico me  
lo compruebes.

«Quent con esto, Ernesto MaltraVERS; si no cumples  
con la tarea que la naturaleza te ha impuesto, serás  
un misántropo morboso; ó un insensato voluptuoso,  
fastidiado, estragado en la edad viril, irritado, inca-  
paz de contento en la vejez. Mas; si quisieras seguir tu  
destino, necesitas empezar muy pronto tu aprendizaje  
voto á trabajar; ha aspirar á alguna cosa, no importa  
cuál; trabajar; trabajar, esto es todo lo que te fido.

«Quisiera que visitaras tu antigua morada; tiene  
un aspecto el más venerable; el más romántico; du-  
rante los años de tu infancia te te ha dejado á tí y  
des-cubri tres tados de sus paredes. A Montaigne le  
agradaría habitarla!

«Adios, mi más caro Ernesto. Tu desasogado y  
afectuoso tutor.—Federico Cleveland.